

Discurso para el Premio Sabina de Plata 2017

Irene Vallejo Moreu

Ahora mismo me siento muy feliz, después de una época difícil, haciendo equilibristismos sobre el alambre. Feliz porque esta Sabina de Plata que tengo entre las manos es un regalo muy especial: un premio al futuro. Significa que confiáis, no en lo que he hecho, sino en lo que podré hacer más adelante. Es una bola de cristal, un catalejo optimista, una invitación a la aventura. Ahora mismo tengo aún más ganas de continuar mi viaje, trabajando y construyendo novelas, ficciones, paisajes inventados.

Qué importantes, qué valiosos son los apoyos y más cuando vienen de vosotras, que tanto habéis luchado en nuestra tierra. Cuánto dependemos, sobre todo al empezar la andadura, del aliento de los demás. Porque hay muchos obstáculos, interiores y exteriores, para hacer realidad algo tan frágil como los sueños.

Quiero dar las gracias a tantos que respaldáis mis sueños. Demasiados para poder decir vuestros nombres uno por uno, como un conjuro de la memoria agradecida: mi familia, amigos, profesores, editores, lectores, libreros, bibliotecarios, periodistas, personas que me habéis dado trabajo y oportunidades. Quiero agradecer especialmente a la Asociación Clásicas y Modernas y el Instituto Aragonés de la Mujer. Y, por supuesto, al Club La Sabina.

A todos vosotros os debo el estar aquí, pero soy consciente de que también es un azar. Podría haber nacido en otro país más inhóspito para las mujeres, o en la España de otras generaciones. El pasado me envía cartas tristes que no puedo olvidar. A mi bisabuela, para evitarle el baldón de estar soltera a la alarmante edad de treinta años, la familia le preparó un matrimonio arreglado con un campesino viudo que ya tenía dos hijos —a quien ella no eligió. Mi inteligente abuela deseaba con todas sus fuerzas estudiar en la Universidad, pero no pudo. Cuando mi madre empezó a trabajar, la ley no le permitía ir sola al banco para abrir una cuenta corriente a su nombre. Necesitaba el consentimiento de su marido para solicitar el pasaporte, el permiso de conducir o firmar un contrato laboral.

Ese pasado está cerca, muy cerca. Habla en susurros, y yo lo escucho. Sé que estoy en deuda con el feminismo. Se han dado muchos pasos no escritos para que yo pueda tomar mis decisiones. Siento una inmensa gratitud hacia esas personas que fueron construyendo mis libertades antes de que yo naciera y mientras era una niña. Me impresiona pensar que todas estas conquistas tienen tan pocos años que todavía huelen a nuevo, a pan recién horneado, a habitación recién pintada. Y debajo de la última mano de pintura, todavía se dejan ver oscuridades antiguas.

Quisiera pertenecer a la generación que cambiará el paisaje. Hoy veo muchas mujeres trabajando al pie de las montañas y pocas en las cumbres. Si levanto los ojos hacia arriba, observo que el terreno se va volviendo monocromo.

Es todo tan reciente que no tenemos aún el abrigo de una tradición, nuestras genealogías son breves, no estamos seguras de pisar terreno propio. Por eso es urgente rescatar del olvido a mujeres artistas, científicas, creadoras, inventoras, pensadoras. Y reconocer lo que estáis haciendo ahora mismo, a veces en la penumbra, tantas mujeres brillantes. Ese rescate nos fortalece a todas, a las que estamos en el camino y a las que están por nacer.

Es imprescindible cambiar las mentalidades para evitar que la carencia de dinero, la raza o el sexo conviertan a muchos en perpetuos perdedores. En ese esfuerzo, la educación y las leyes desempeñan un papel esencial. Pero no olvidemos el enorme poder transformador que tiene la cultura –las novelas, los ensayos, el teatro, la pintura, el cine–, porque allí construimos nuestros sueños. La imaginación es el lugar donde primero inventamos el futuro. Los relatos nos ayudan a entender mejor la vida, a darle sentido, a desafiar los estereotipos.

Desde la infancia, he sido feliz leyendo e inventando. Escribo porque me alimentaron de historias desde pequeña. Porque, cuando era una recién llegada a este mundo, me nutrió la leche de los cuentos. Creo firmemente que las palabras son parte de la salud del mundo. Como filóloga, en el sentido griego y originario de la palabra, soy una enamorada del lenguaje y sus infinitas posibilidades de crear belleza y entendimiento. Escribo por amor a esos seres luchadores y zarandeados que somos las personas. Los relatos tienen el poder de encauzar hacia los otros, hacia los diferentes, la corriente de nuestra simpatía. Por eso son importantes. Nos enseñan a

mirar al prójimo y a nosotros mismos, a atribuir valor a cosas grandes y a cosas pequeñas, a encontrar las proporciones de la vida y el lugar que en ella ocupa el amor. Tal vez en ese sentido nos están salvando.

Hay esperanza si nos mantenemos dispuestos a escuchar, a leer, a aprender, a descubrir y, cuando es necesario, también a rectificar. Si practicamos la conversación, la reflexión, el intercambio de ideas. Por eso admiro a las Sabinas, pioneras que lleváis más de veinticinco años debatiendo y actuando desde vuestro Club de Opinión. Y que, con estos dos premios, la Sabina de Plata y de Oro, a la esperanza y a la experiencia, cobijáis bajo la sombra de vuestro árbol mágico y benévolos la solidaridad maravillosa de sabernos acompañadas. Para que todas tengamos un espejo donde mirarnos y podamos parecernos más a lo que queremos ser.

Gracias, gracias, gracias.